

PRÓLOGO

En la estación de Huelva, alguien pudo fijarse en un muchacho delgado, de 19 años, que apresuradamente sube al tren con su maleta de cartón, amarrada con cuerdas, una noche calurosa de julio de 1958. Ese muchacho, Rafael Vargas, para buscar nuevos horizontes, atravesó en diagonal el mapa de España, de punta a punta, desde Huelva a Barcelona, con ánimo de embarcarse desde allí a sabe Dios dónde, a Australia o a Canadá, porque ha decidido no resignarse a la vida que le han asignado, ha jurado empuñar con firmeza las riendas de su vida; aunque apenas pudo ir a la escuela, ese maestro a quien siempre le guardará un eterno agradecimiento, le enseñó algunas cosas elementales, entre ellas a situar los puntos cardinales y, por tanto, a orientarse en la vida y sabe que el mundo es grande, es bello, luminoso, lleno de posibilidades y a él no le faltan ni afán, ni empeño, ni arrojo, ni coraje, ni entusiasmo.

Días después, alguien ha podido tropezarse en alguna esquina de Barcelona con ese muchacho flaco, de 19 años, que viene arrastrando su maleta de cartón y de pobreza

desde Andalucía, y ha debido reparar en sus ojos limpios que miran con asombro los suntuosos edificios, el abejero incesante de la gran ciudad y lo ha visto luego perderse entre la marea de gente de todo el orbe, bajando por La Rambla hacia el puerto y *el súbito alborozo del mar* y soñar con otra anchura, con otros horizontes, con otra vida. La ciudad es espléndida, próspera, luminosa... pero mira con indiferencia, cuando no con menosprecio, al emigrante.

Con estas o parecidas palabras podría empezar la biografía de Rafael Vargas que nació en 1939. El espacio donde se desarrolló su infancia y adolescencia: Perrunal, Calañas, Valdelamusa; luego La Dehesa y Peña de Hierro, aldeas de Riotinto. Geografía de los pueblos mineros de Huelva. Pueblos «malcomidos», dirá Vargas. Topónimos con inevitables connotaciones de luchas del proletariado contra la explotación. Paisaje muerto, tierra calcinada, ulcerada: azules metálicos, rojos ferruginosos, ocre oxidados, grises carbonizados. Paisaje de «el metal de los muertos» «en el corazón de la tierra». Años cuarenta, los años del hambre. Ese espacio y ese tiempo de estrechez, penurias, carencias, orfandad y falta de afecto encuadran la infancia y adolescencia de este poeta que un día decide cambiar su rumbo emigrando a Cataluña.

Pasados cuarenta y un años, tras su jubilación, decide volver a sus raíces, retornar a Andalucía, pero para instalarse ahora un poco más al norte de los pueblos mineros de su infancia, en la Sierra de Aracena donde nació su mujer Ángeles. Allí el paisaje es distinto por completo: el color y el tacto de la tierra, la luz de los cielos, el olor y el

rumor de los campos. Castaños, alcornoques, encinas. Frutales y huertas de tierra húmeda y blanda, surcada de regueros y arroyos, es decir, *un lugar parecido al Paraíso*. En estos años se ha dedicado con constancia y empeño a escribir y es de justicia encomiar su fecunda labor en pro de la literatura en la Sierra como Presidente de la Asociación Huebra.

Podemos, pues, destacar cuatro estaciones de su vida:

Primavera-adolescencia en las tierras mineras, con un sentimiento dominante: orfandad.

Verano-madurez precoz en Cataluña; la decisión de tomar las riendas de su propia vida, de no conformarse con el lote que le ha tocado: emigración.

Otoño-jubilación en la sierra de Aracena; época de balance, de visión global y serena a partir de su retorno, desde su misión cumplida, pero la experiencia de una grave enfermedad trunca y quiebra esta etapa, como si el Invierno, que nos espera a todos los que tenemos estas edades (soy exactamente coetáneo de Rafael Vargas), le viniera adelantado cuando aún podía disfrutar de estas tardes doradas y decadentes del otoño. Cuando ya Sísifo estaba a punto de alcanzar el final de la subida, la piedra rodó hasta el fondo... y vuelta a empezar.

En síntesis sumarásima, esta sería la vida y milagros, el ir y venir de Rafael Vargas, un hombre vitalista, fuerte y soñador, que con voluntad de hierro todo lo ha superado; todo, menos una herida: la pérdida de su madre el 30 de junio 1946 cuando aún no contaba los siete años. De esa herida -tiene ahora setenta y tres- aún no se ha curado.

Pero como dice Octavio Paz, la auténtica biografía de un poeta no hay que buscarla en las peripecias de sus idas y venidas, en una enumeración rigurosa y exhaustiva de lugares y fechas, que con frecuencia pueden ser irrelevantes y no decirnos nada. La biografía de un poeta debemos rastrearla en sus versos, late y palpita en sus poemas. Y si esto es verdad en cualquier poeta, lo es aún más en el que nos ocupa porque su obra gira casi exclusivamente sobre su experiencia personal. Su poesía, como un traje empapado, se ajusta tanto a su piel que apenas podemos despegar, separar poesía/poeta. Resulta casi imposible desprender la obra de la piel del autor.

Por eso esas etapas biográficas que hemos apuntado, valiéndonos del símil de las estaciones, coinciden más o menos con cuatro bloques en los que podemos distribuir sus publicaciones.

1. *Las nanas del galeote*. (Angraf, Barcelona 1988). En este libro de enorme autenticidad, el poeta nos cuenta sus orígenes, su afán de superación en un entorno social adverso y lleno de carencias. Ya desde su primer poemario hace gala de inconformismo, de ser «un inadaptado radical»:

*sé que mi esquizofrenia lírica / usa un lenguaje de incendio
[...] ya que no soportaría / el asco de ablandarme. [...] Lo cierto
es que no puedo / amasar azucenas ni escribir versos / de azúcar
desleída.*

Su poética está bien lejos del esteticismo preciosista:

*Pero de un hijo de la ignorancia
sin pretensiones de altas letras,
¿qué puede esperarse?
que se olvide de la estética y del decoro,
tome el rábano por las hojas
y, a quemarropa,
lo empercada todo
con la negra marea de su tinta.
¡Porque lo escrito, escrito queda!*

Mención aparte merece su segundo libro, radicalmente distinto al anterior: *La plenitud fugaz de la mariposa*. (Béjar, 2000 / Huebra, Zafra, 2005). Más aún, este libro nada tiene que ver con la mayor parte de su obra. Ni en el tema, ni en el tono, ni en el estilo. Como si el autor hubiera decidido contravenir los principios de su propia poética. Como si se hubiera concedido licencia para soñar y elevarse por encima de la sórdida realidad. Un libro volcánico, una erupción erótica, un amor que ciega y embriaga, que absorbe y aísla. Es la aventura juvenil de un hombre maduro.

*¡Qué cándida osadía
conjugan –como dos ríos locos–
tu primavera y mi otoño!*

Y para expresar ese sueño se vale de una imaginería incontentada que persigue un preciosismo «posmodernista» mediante una verbalización brillante con riesgo de rozar el exceso, y de caer en lo recargadamente metafórico.